

DIOS ES LUZ



“Al pasar, Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento... Entonces, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva y lo puso sobre los ojos del ciego, diciéndole: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé», que significa "Enviado". El ciego fue, se lavó y, al regresar, ya veía.

Le dijeron: «¿Cómo se te han abierto los ojos?» El respondió: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, lo puso sobre mis ojos y me dijo: «Ve a lavarte a Siloé». Yo fui, me lavé y vi» ...

Más tarde, los judíos llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: «Glorifica a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». «Yo no sé si es un pecador, respondió; lo que sé es que antes yo era ciego y ahora veo» ... Ellos le respondieron: «Tú naciste lleno de pecado, y ¿quieres darnos lecciones?». Y lo echaron

Jesús se enteró de que lo habían echado y, al encontrarlo, le preguntó: «¿Crees en el Hijo del hombre?».

Él respondió: «¿Quién es, Señor, para que crea en él?».

Jesús le dijo: «Tú lo has visto: es el que te está hablando».

Entonces él exclamó: «Creo, Señor», y se postró ante él” (Jn 9, 1.6-7.10-11.24-25.34-38)

Dios es Luz.

El Prólogo del Evangelio según Juan, nos revela una vez más este gran misterio:

“En la Palabra estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la percibieron.

Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan.

Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él.

Él no era luz, sino el testigo de la luz.

La Palabra era la luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre”. (Jn 1,4-9)

La Palabra, el Hijo de Dios, es luz que nos ilumina.

La tradición de la Iglesia desarrolló esta revelación.

Por eso, en el Credo, el Símbolo Niceno-Constantinopolitano afirmamos:

“Creo en un solo Señor, Jesucristo,

Hijo único de Dios,

nacido del Padre antes de todos los siglos.

Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, ...”

Y así cantamos al Espíritu Santo en la Secuencia de Pentecostés:

“Ven, Espíritu Santo,
y envía desde el cielo
un rayo de tu luz.
Ven, Padre de los pobres,
ven a darnos tus dones,
ven a darnos tu luz.

El Padre es luz, el Espíritu Santo es luz, el Hijo es luz. Trinidad de Luz.

El Hijo único del Padre, Jesucristo, se hizo carne y permanece entre nosotros, para salvarnos, sanarnos con su resplandor, transfigurarnos en su luz.

Por eso, esta narración de la sanación del ciego de nacimiento es de gran fuerza para nuestra vida.

¡Cuántas cegueras tenemos!

No vemos la belleza de Dios, de su Amor infinito por nosotros.

No vemos la belleza de un universo y sus criaturas, creados para nosotros, por amor.

No vemos la belleza de tener hermanos, de nuestros hermanos, que nos dan amor o no-amor, pero que son hermanos que esperan nuestro amor.

No vemos la belleza de un Cielo de felicidad eterna, prometida por el Dios que sólo quiere nuestra felicidad.

No vemos la belleza de la Trinidad, de Jesucristo crucificado por amor y Resucitado para darnos la Vida.

No vemos...

¡Todas cegueras que Cristo viene a sanar!

Nos sana con nuestra propia vida, nuestro propio universo -ese “barro”- y su propio ser divino humano -esa saliva- entregado en la Cruz y Resurrección.

Y ahora Cristo te pregunta «¿Crees en el Hijo del hombre?».

Puedes responder «Creo, Señor». ¡Ya Jesucristo te está sanando, en su Luz!

“¿Quién puede hablar de ti, Señor? Absolutamente incomprensibles e inasibles son tus obras, tu gloria y tu conocimiento. Sin embargo, tenemos la esperanza, poseemos la fe y sabemos el amor que nos has dado, infinito, indecible, que nada puede contener. Amor que es luz, luz inaccesible, luz que actúa en todo.

Esta luz hace todo, “es” todo. Es encanto y alegría, ternura y paz, misericordia infinita, abismo de compasión. Invisible y la vemos. La comprendemos y no podemos contenerla. Intocable, impalpable, y puede ser aprehendida por mi espíritu. Cuando la poseo, no lo noto, sólo la veo cuando desaparece y me precipito para tomarla, pero se va completamente. Entonces no sé qué hacer y me consumo. Así aprendo a pedir con lágrimas de gran humildad. Y a no considerar posible realizar lo que supera la naturaleza, o que sería resultado de mi poder o esfuerzo humano, ya que en verdad todo viene de la compasión de Dios y de su misericordia infinita. (...)

Esta luz invita al silencio y enseña la humildad todopoderosa. Cuando permanezco en la luz y devengo humilde, ella también permanece en mí, inseparable, se une a mí y me ilumina, ella me mira y yo la miro. Está en mi corazón y se encuentra en el cielo. Me revela las Escrituras, aporta el conocimiento y enseña misterios indecibles”.

Simeón Nuevo Teólogo, Himno 18

Señor Jesucristo, sana nuestra mirada,

ilumina todo nuestro ser, resplandece en nuestros hermanos.

¡Qué tu Luz, Amor y Paz den nueva vida a nuestro mundo!

Dra. Cristina Muñoz